

SOLEMNIDAD DEL SANTO CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO "B"

2 y 3 de JUNIO, 2018

Viajando por las carreteras interestatales de nuestro estado, de entre los muchos camiones de transporte de carga, veo uno que es titulado "Alianza Transporte". Al igual que otros términos, "alianza" se usa tanto en lo secular, y particularmente en nuestra celebración de este fin de semana, con un contexto bíblico/religioso. Todos los convenios son acuerdos de entre al menos dos partes; una alianza política o militar entre dos pueblos o naciones (por lo general, una más poderosa militarmente y otra menos poderosa) o un "convenio de vecindario" en que algunos de ustedes pueden estar más familiarizados, escrito con el fin de asegurar que aquellos que viven en una designada área requieren seguir ciertos estándares en términos de construcción de edificios, estacionamiento de vehículos y igualmente asegurar el "ambiente" del área. Todos los convenios contienen estipulaciones que vinculan a los participantes y contienen beneficios, así como consecuencias o sanciones por violaciones. Al usar el término "convenio"(o alianza), los convenios seculares son de hecho (y en algunos casos en la ley) "contratos"—acuerdos legales vinculantes bajo la autoridad local, estatal, nacional u otra autoridad gubernamental.

Jesús en darnos a nosotros el Sacramento de la Sagrada Eucaristía, la cual celebramos cada Domingo en su memoria de acuerdo con su mandamiento (y por práctica antigua de nuestra tradición católica, todos los días), y que se ha designado como la "nueva y eterna alianza".

“La Alianza”, como fue ejecutado en las Escrituras, y últimamente siendo expresada por Jesús, y que toma alguna semejanza a las “alianzas” o "contratos" seculares, como en términos de regulaciones o de leyes que la aseguran y la protegen, pero esta ‘alianza’ no es primariamente una transacción legal o comercial, es decir, ‘yo lo hago, o yo no lo hago, esto o aquello’ y luego Dios cumple el fin del "trato” en términos de una recompensa, o en el caso de una violación, se exige un castigo.

La Alianza tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento es una invitación a la relación personal entre Dios y aquellos que entran en él.

La invitación de esta “Alianza” consiste en unirnos a nosotros mismos por completo a Dios. La Alianza es una cuestión del corazón, el "corazón habla al corazón"; Dios para nosotros, nosotros para Dios. A través de esta alianza, especialmente como es relevada en Jesús, no somos propiedad de Dios; somos hijos e hijas adoptivos de Dios con todo lo que

implica ser hijo o hija. En Jesús somos atraídos a la intimidad de su vida y de su amor con el Padre, esa vida y amor en sí mismo es el mismo ser de Dios, y el Espíritu Santo que celebramos el fin de semana pasado en la solemnidad de la Santísima Trinidad.

Todas las alianzas, como los contratos, son ratificados, selladas de una manera pública. Un contrato es "firmar en la línea punteada; de no olvidar de colocar los puntos en las 'i' y de poner en las 't' la línea que las cruza", o puede ser un simple apretón de manos para "cerrar el contrato". En el mundo antiguo en el que surgieron nuestras Escrituras, como se nos recuerda en nuestra primera Lectura, que las alianzas eran selladas en sangre. Como todas las personas de la antigüedad, los antiguos israelitas creían que la vida misma estaba contenida en la sangre, esta era vista como el río de vida que fluye a través del cuerpo (no es una metáfora inexacta). La sangre pertenecía únicamente a Dios, el origen de todo lo viviente (esta es la razón por la cual aún hoy día, un judío devoto nunca comerá carne que no esté completamente purgada de la sangre.) La sangre se reverenciaba como la vida misma y también como un medio de purificación. Para indicar su completa aceptación de la oferta de la alianza de Dios que fue ofrecida a través de Moisés, la gente sacrificaba animales (representándose a sí mismos) para Dios. Para indicar tanto la aceptación de Dios del total compromiso de la gente, y a su vez, el eterno compromiso de Dios con el pueblo, Moisés rociaba al pueblo con la sangre del sacrificio. (¡Imagínense si yo lo hiciera en la Misa!). Dada la naturaleza vital y sostenedora de la sangre, en la segunda Lectura de hoy, Jesús mediante la ofrenda de su sangre, y que es su vida divina como el hijo eterno de Dios— se proclaman ambos: la persona quién ofrece el sacrificio (el sacerdote), y también la víctima cuya sangre es derramada, por lo tanto siendo Jesús él mismo la "nueva y eterna alianza". Nuestro comer y beber el Cuerpo y la Sangre de Jesús en la Eucaristía no solo renueva y profundiza la relación de la alianza entre Jesús y nosotros que comenzó en el bautismo y sellada en la confirmación, pero también entre cada uno de nosotros como miembros de su Cuerpo, la Iglesia. Simultáneamente, somos llamados a un estilo de vida de alianza con Dios— cuando ofrecemos nuestro cuerpo, nuestra sangre, nuestro tiempo, nuestros talentos, nuestro tesoro financiero, nuestra vida, nuestras familias, a la misión de la iglesia y de la sociedad en general.

La "Alianza Transporte" no debe ser simplemente el nombre de una empresa de transporte de carga. "Alianza Transporte" es la insignia de identificación que usamos en nuestra respuesta personal al mandamiento de Jesús de "Haced esto en conmemoración mía".

Padre Jim Secora